

LOS VALORES VIGENTES EN LA EDUCACIÓN

*Miguel Bazdresch**

Introducción

Los valores han estado en el fondo de las opciones prácticas que en la historia ha tomado la función educativa.

La invención de la escuela institucional no eliminó, antes bien recalcó, la importancia de los valores.

Por eso los fines de la educación han sido siempre un tema controversial. El “para qué” educar no es obvio como pudiera parecer en una vista superficial.

La historia nos muestra cómo los fines de la educación se corresponden y dependen de la manera de ver la vida y el mundo en las diferentes sociedades concretas. No ha prevalecido una manera específica de ver los fines de la educación. En las distintas épocas diferentes fines, traducidos en diferentes valores, han tenido que competir para aportar a la constitución de particulares referentes sociales.

La educación en sí misma, desprovista de fines y valores concretos no tiene sentido en ninguna época. Siempre se educa para “algo”, con un propósito. Puede ser que ese propósito este implícito para los educadores y los educandos. Puede darse el caso de que sociedades enteras no consideren valores concretos asociados a la acción educativa o incluso que pretendan suprimirla como un factor negativo para instaurar precisamente ciertos valores (como el caso de la supresión de la universidad en tiempos de la revolución cultural de Mao Tse Tung, en China), pero es imposible encontrarle un sentido definido a la educación por sí misma. Por eso, la importancia de esta actividad se da en función de los fines a los cuales pretende contribuir, siempre en concordancia con los fines de cada sociedad concreta.

En las notas siguientes se pretende discutir acerca de cuál ha sido el cambio en los fines de la educación y los valores asociados a esos cambios de finalidad, en la perspectiva de la posmodernidad.

* Profesor investigador del Departamento de Educación del ITESO.

Los valores hoy

La modernidad nos trajo el gran regalo de poner otra vez al ser humano en el centro de la reflexión y la acción del mismo hombre. La realización humana tomó otra vez el lugar principal como objetivo de la acción humana misma. Quedó atrás la consideración del mundo orientado teleológicamente hacia quien sabe qué o quién en la exterioridad. Si había de existir tal exterioridad, esa debía ser y estar en el hombre mismo y constituirse en el desarrollo de su vida y obra. A la par de alejarnos de una física centrada en la tierra y acercarnos a ocupar nuestro verdadero lugar en el universo, también nos alejamos de considerar la verdad como algo externo al hombre, inmutable y fijo, cuya existencia y contenido debía ser revelado a golpe de lógica, juicio e inferencia, sin contaminación con la realidad práctica y cotidiana de los hombres.

Ya Cervantes, mediante el celeberrimo *Don Quijote*, al inicio de la llamada edad moderna, nos muestra los resultados de buscar en la realidad las verdades de los libros sin mediar un propósito de realización humana; y al tiempo nos muestra cómo, finalmente, es la búsqueda de la realización plena lo que confiere sentido a las acciones, cuya contemplación externa parece vulgar quimera o inquietante entelequia condenada al fracaso y la burla.

El hombre, como centro, ya asumido por los griegos y latinos, es según parece la conquista perenne que la humanidad le debe a la modernidad. Y así resalta ahora en el umbral del fin de lo moderno.

La modernidad termina pero no así el centro en lo humano. Al contrario. La modernidad es incomprendible sin considerarla un dilatado devenir hacia la comprensión del hombre por el hombre. Pasamos del “hombre universal” heredado de la edad media, de la búsqueda y afirmación de una esencia del hombre, no afectada por culturas, acciones o pensamientos diferentes u opuestos, hacia una afirmación mucho más esencial: lo humano no es una esencia estática depositada en algún lugar alcanzable mediante un conjunto de reglas específicas; por el contrario, lo humano es la acción misma de lo humano. No hay ser humano; nos hacemos humanos al actuar en el mundo, al buscarnos, al realizarnos, en fin, al vivir.

Y para nuestro tema, nos hacemos humanos al educarnos. O quizá más radicalmente: educarnos es hacernos humanos.

Cual quijotes modernos hemos llevado al extremo la búsqueda que está a punto de terminar, como en la famosa novela cervantina, porque ya se acerca el momento de luchar contra el “caballero de los espejos”, cuya principal arma, paradójicamente, somos nosotros mismos.

Nosotros mismos, tocados por el ímpetu del espíritu moderno apostado en la racionalidad, hemos producido la ciencia y la tecnología más avanzada del universo, pues no hay tema o asunto no tocado por el escrutinio de la razón. Hemos dejado atrás la magia como explicación de los sucesos, aunque la conservemos como esperanza. Nosotros conocemos lo que nadie antes conoció de las cosas o de las personas. Nosotros hemos usado y abusado del mundo llevando al extremo el mandato bíblico de “usar la tierra, crecer y multiplicarnos”. Nosotros hemos logrado comunicar a gran parte de la familia humana entre sí.

Finalmente, los modernos estamos ante el espejo y no hay alternativa: debemos confrontarnos. Y si la modernidad acaba, será finalmente porque no nos guste lo que vemos en el espejo, y a la vez, porque nos empeñemos en mejorar o rehacer lo que vemos.

A falta del agresivo caballero cervantino tenemos un espejo aun más radical: el pensamiento. Por eso hay quien se empeña en eludir su propia imagen (al fin su propio yo) mediante artimañas pseudointelectuales. Por ejemplo, se dice: "Puesto que se acabó la historia, la ideología y la antítesis, y se demostró la validez real del pensamiento occidental, ya no hay que pensar más: lo que pensamos es válido -no pensemos más"; y a renglón seguido "todo se vale", cada quien desde su ser y quehacer, sólo en el relativismo, pluralismo *in extremis*, está la salvación: nunca más dogmas, camisetas de fuerza, definiciones y creencias: sólo la práctica, el yo y la inmensidad.

Por el contrario, quien se atreve a mirar, a no reprimir su pensamiento, observa la imagen y cultura moderna a punto de un salto, quizá de un cambio de época.

El fin de época se anuncia cuando a partir de las conquistas de la modernidad se acepta el reto de rehacer nuestro significado de lo humano y poner en práctica los medios de realización correspondientes. La imagen es implacable; no puede ocultar la visión de una sociedad contrastante. No puede sino acabar la confianza a ultranza en la "razón técnica" o "instrumental".

El espejo nos devuelve una imagen crédula en la solución técnica de los problemas de la humanidad: hambre, pobreza, guerra, enfermedad, soledad. Y el espejo acaba con la laica ilusión crédula en el significado y valor de la ciencia en cuanto método infalible de llegar a causas y soluciones. El mismo espejo, con terquedad desafiante nos muestra nuevas enfermedades, nuevas pobreza, guerras inverosímiles, soledades inefables. La razón técnica muere, o mejor se ubica de nuevo subordinada a la intencionalidad de la plenitud humana. No es la técnica lo que resolverá el malestar. Otra vez es el hombre desde si quien podrá o no someter a sus propios demonios.

El fin de época no es la restauración de un rumbo mítico, perdido en algún momento. El espejo no es histórico. Refleja y ya. Por eso puede suceder que desde nuestras conquistas modernas demos lugar a los extremos y arribemos a mundos oscuros.

No es difícil imaginar un mundo posmoderno con excesos tecnológicos inhumanos y aberrantes. El cine, reflejo e imagen del hombre, ya lo ha pensado y presentado como anuncio explícito de una posibilidad: Ridley Scott el director, *Blade Runner* la película.

Después de todo, la historia, esa que se niega a morir, aunque tenga que reescribirse, no nos deja olvidarnos de cómo después del esplendor de Roma vinieron los bárbaros y la cultura no pudo frenar la destrucción. Así pues, es posible también que la modernidad muera en medio de otras "invasiones" fácilmente imaginables.

El pensamiento, recurso del hombre, conquista de lo humano, arma de revoluciones y progreso, no puede morir bajo la ilusión de evitar la reflexión sobre nosotros. Vernos implica resignificarnos so pena de quedar en contemplación narcisista o en pesimismo apocalíptico.

Y resignificarnos implica revalorarnos. Hoy, al borde del fin de época, tenemos en nosotros la posibilidad: extremos o parto doloroso de nuestra nueva concepción, de nuestro nuevo ser y valer. Este es el valor central en juego: atrevernos a ver el espejo.

Frente al consumismo, al pragmatismo, al realismo, al simbolismo y a la ilusión de un mundo sin dolor y placentero, el pensamiento, como el espejo cervantino, penetra con su filo por invisible más cortante: los valores humanos, los que nos hacen ser humanos, se pueden reprimir, ocultar, ensordecen... pero imposible arrancarlos o desaparecerlos del espíritu humano: la idea de hombre no se realiza en la abundancia per se. No se localiza en el placer. Tampoco en la parálisis del cerebro.

Saber y saberme sabedor es la impronta íntima no expropiable de la esencia humana. Esto hace irresistible al espejo, aunque queramos retardar la mirada. Imposible, pues, no pensar, en este tejido de fuerzas y tendencias, en los fines de la educación. ¿Aprenderemos a enfrentar nuestra imagen?

La educación hoy

Las coordenadas arriba esbozadas afectan a la educación. Los fines de la educación se cuestionan y se debaten entre el pragmatismo y la ciencia. Educar para arribar a la vida productiva. O no educar porque no hace falta ante el nuevo valor del pragmatismo. O educar para el pensamiento.

Y tales alternativas cuestionan también el ser de la educación.

Tanto los educadores y los educandos saben, si no por otra cosa por experiencia personal, que la educación supone, al menos hasta ahora, una prescripción y una normatividad. Obtener un grado o “pasar de año” implica el cumplimiento de normas, muchas veces severas, y el tránsito por un proceso prescrito como el correcto para llegar a “ser educado”. Desde luego las características de ese “ser educado” están informadas por una concepción de hombre, una visión del hombre, una teoría del conocimiento y por una teoría de la educación, es decir, por el conjunto de una filosofía educativa.

Es en la teoría educativa “en el cuerpo organizado de conocimientos y recomendaciones dirigido a la práctica educativa”¹ dónde se prescribe “lo que debe ser”.

Y es en esta teoría educativa, que supone una visión del hombre y del conocimiento, donde el fin de la modernidad hace sus principales cuestionamientos. Y aquí es donde los valores están implicados.

En primer lugar los valores incluidos en los supuestos acerca del hombre, del conocimiento y de los medios para enseñar al educando.

En términos sencillos la teoría educativa propone un objetivo: un individuo preparado para vivir de cierto modo y responder al mundo de determinada manera; por tanto, iniciado en cierta clase de habilidades y conocimientos necesarios para lograr ese objetivo, y además propone unos medios para conseguir ese hombre educado.

Y si lo que termina con la modernidad es la razón técnica, lo que termina en la educación moderna es la idea de que la educación es un proceso técnico; la ilusión de que mediante determinado conjunto de prescripciones se puede llegar, inevitablemente, a determinado conjunto de objetivos.

Al fin de la razón instrumental se recupera el carácter intencional de la educación. Dicho en términos de Freire: nadie educa a nadie, cada quien se educa a sí mismo, nadie se educa sólo. Se trata de recuperar la capacidad humana, muy humana, de significar y valorar el mundo que nos rodea desde la propia experiencia y no sólo a partir de la experiencia codificada de otros, por más que ese código siga siendo una referencia indispensable, compañía y posible inspiración del propio significado.

Ahora caemos en la cuenta de que es posible llegar a un hombre educado por diversas vías, siempre y cuando en ellas haya habido espacio para la apropiación de significados y valores por parte del propio educando. ¿Se trata del fin de la prescripción? Probablemente no. Se trata ahora de una prescripción no técnica. Hoy la teoría educativa enfrenta el reto de encontrar los modos de urgir (y exigir) la propia palabra del educando.

Y ¿esta nueva prescripción, de otra índole, elimina los valores de la cultura moderna? De ninguna manera. Sólo pide resignificarlos en un nuevo contexto. Literariamente podemos decir con Umberto Eco: se quema la biblioteca y se queman los libros; desaparece el laberinto y los excesos homicidas de los guardianes de la verdad a ultranza; sin embargo, permanece el ánimo inquisitivo del investigador, ahora en un nuevo contexto.

¿Cuál es este nuevo contexto? Ahora se conocen dos elementos nuevos, no presentes en la modernidad: la globalidad y la nueva tecnología. Pasamos de un mundo incomunicado a un mundo intercomunicable. Y de una tecnología basada en el uso intensivo de energía cuyos productos eran elitistas a una tecnología de alta reproducibilidad y basada en la posibilidad de acceso casi irrestricto a sus artefactos. (Es posible que aparezcan nuevos elementos conforme desaparecen rasgos dominantes hasta ahora).

Este nuevo renacimiento global y tecnológico pone en cuestión nuestro mundo de significados. Reducida a cenizas la sede del saber, perdida la acumulación de cientos de años de enseñanzas ¿qué queda?, ¿a dónde voltear? El espejo implacable no nos deja alternativa: sólo tu imagen te dará respuesta. Estamos pues, siempre en la hipótesis de un fin de época, ante la exigencia de nuevos significados y valores, a partir de nuestra propia imagen descarnada, ridícula quizá como la de Alonso Quijano, pero presente y habitada irremediablemente de curiosidad insaciable acerca de sí, del mundo y de los demás.

Este renacimiento exige, una nueva constitución de significados. En términos de nuestro tema: concepción, fines y medios de la educación están en entredicho.

¿No hay más fines de la educación? Es la tentación. Al desaparecer las formas prescriptivas vigentes en la modernidad pareciera que los fines que les dieron sentido a dichas prescripciones también desaparecen. Sin embargo, la educación no tiene sentido en sí misma, decíamos al principio; se vuelve ejercicio fútil e intrascendente.

Nuestra imagen educativa nos devuelve, dramáticamente, el desencanto por la ciencia irrefutable y salvadora, por la educación técnica como receta infalible para el bienestar, en fin, por el pensamiento técnico dominador de la naturaleza y fracasado en la comprensión del hombre y su grupo.

La crisis de significados, los desencantos, no son, sino en mentes aprovechadizas, motivo de clausura de fines e intenciones. El fracaso en la comprensión del hombre descalifica medios y logros, desautoriza fines técnicos; y a la vez confirma la búsqueda, resalta la intencionalidad humana sobre el dominio de la naturaleza, inquiera por medios coherentes con intenciones y al cuestionar los fines nos deja sencillamente ante el nuevo fin, paradójicamente, el fin de siempre: el hombre mismo.

Ciencia y técnica no suplen al pensamiento. El espejo quijotesco estaría mudo si se obtura el pensamiento. Los libros reducidos a cenizas no resurgirán en el ánimo del investigador si el pensamiento se retrae.

Solamente la vista del hombre provoca el deseo de observar e investigar los grandes problemas humanos; el interés en los asuntos eternos de la fugacidad de la vida, de la excelencia del hombre incapaz ante la muerte; de la comunidad y su tensión con el individuo. Del amor, cuya operación y sólo ella, nos hace plenamente humanos y sólo posible en la comunidad.

El estudio del hombre, resignificado en el nuevo contexto le da renovados fines a la educación. La educación, acción intencional de todos los tiempos se resignifica frente al hombre moderno. Educar para pensar; educar pensando; educar para descubrirse hombre en si y en los demás. Educar para pronunciar su palabra.

Un propósito

La paradoja para la educación del fin de la modernidad es hacer renacer en medio de la globalidad y la nueva lógica de la técnica el mismo fin valorado con otro significado.

No es más buscar otro contenido sustancial del hombre; es volver los ojos al continente; éste es el nuevo significante.

Imposible conceptualizar de modos muy distintos el contenido de la finalidad educativa. Obsérvese el siguiente propósito, síntesis de otros muchos y confírmese el mismo contenido moderno: la educación tiene el propósito de propiciar hombres capaces para adaptarse con madurez a nuevas experiencias; con pensamiento crítico y habilidades intelectuales para estructurar las nuevas experiencias; con independencia de mente, libre de falsas limitaciones, capaz de ordenar la propia vida; motivado para el liderazgo y el servicio de los semejantes; constructor, colaborador, en la sociedad de relaciones de justicia y equidad, respeto a los derechos ajenos y amistad.

De ahí la necesidad de confirmar la importancia para educadores y educandos del dominio de ciertos medios, quizá caídos en desprestigio y hoy claves para resignificar el estudio del hombre y los fines de la educación: el lenguaje medio indispensable en el cual nos movemos y respiramos. La historia, pues, constituye la memoria del grupo y hace posible el significado común; y la crítica filosófica

mediante la cual el hombre reflexiona sobre sí mismo para modificar las condiciones de su existencia.

Epílogo

Ser humano, fin y medio educativo de siempre. Valga citar, para concluir, un viejo texto escrito por Sófocles en *Antígona*:

Muchas cosas hay admirables, pero ninguna es más admirable que el hombre. El es quien, al otro lado del espumante mar, se traslada, llevado del impetuoso viento a través de las olas que braman en derredor; y a la más excelsa de las diosas, a la Tierra, incorruptible e incansable, esquilma con el arado, dando vuelta sobre ella año tras año y la revuelve con la ayuda de la raza caballar [...] Domeña con su ingenio la fiera salvaje que en el monte vive; y al criado caballo y al indómito toro montaraz les hace amar el yugo al que sujetan su cerviz. Y en el arte de la palabra, y en el pensamiento sutil como el viento, y en las asambleas que dan leyes a la ciudad se amaestró; y también en evitar las molestias de la lluvia, de la intemperie y del inhabitable invierno. Teniendo recursos para todo, no queda sin ellos ante lo que ha de venir. Solamente contra la muerte no encuentra remedio; pero sabe precaverse de las molestas enfermedades, procurando evitarlas.

Notas

1. Carry, Wilfred. *Hacia una ciencia crítica de la educación*, Laerter, Barcelona, 1990.

Bibliografía

1. "Educación y valores". *Estados del conocimiento*, Cuaderno 23, 2º Congreso Nacional de Investigación Educativa.
2. "Educación y valores". *Sobre el sentido de la acción educativa en nuestro tiempo*, Instituto de Estudios Pedagógicos Somosaguas, NARCEA, Madrid, 1985.
3. Barba, Bonifacio. "Valores y educación", *Reportes de investigación*, Universidad de Aguascalientes, noviembre de 1986.